

Se dice que construir una atmósfera literaria es privilegio de unos pocos. Enumerar una serie de objetos y describirlos nos puede dar idea de un lugar, pero la capacidad de transmitir al lector una o varias emociones predominantes es lo que conforma una atmósfera. Rudyard Kipling y Algernon Blackwood, Lovecraft, Mary Shelley, Richard Matheson, Willa Cather o Tybor Fischer son expertos constructores de atmósferas (además de muchas otras cosas) cada uno a su manera, pero si hay un privilegiado capaz de construir las atmósferas embaucando al lector, adensar la trama después de haberla aniquilado en el primer párrafo de la primera página creando, además, varios tipos de tensiones más, e inquietar al lector en una enésima relectura de cualquiera de sus libros... ese es Ernesto Sábato.

Don Ernesto alcanza cotas de una densidad atmosférica que casi corta la respiración en *Sobre héroes y tumbas*, donde recrea un infierno universal partiendo de las obsesiones peculiares de los protagonistas, y en *El túnel* construye más bien una atmósfera plural, dimensionada quizá como las once dimensiones de la teoría de cuerdas que tanto fascinaba a Sábato. Unas dimensiones en las que sus personajes existen y no se tocan en sus trayectos de recta paralela. Sin embargo la soledad del pintor Juan Pablo Castel en su túnel es molestada por María Iribarne, que abriéndose paso entre la exigua estadística de lo improbable, coincide en el mismo túnel a través de una alegoría de la (su) soledad que el pintor ha construido como una ventanita de su cuadro a la que nadie más presta atención.

Hasta aquí esta historia podría pasar por el principio de una novela romántica con final (en este caso principio) macabro. Pero el cuadro de extrañas simetrías que refleja también las extrañas simetrías de Castel no va a ser suficiente para derrotar la plétora de miedos y obsesiones con los que Sábato caracteriza al pintor. Hay quien dice que Castel es el álgter ego de Ernesto Sábato, pero Sábato se distancia tanto de Castel que cuesta creerlo, sobre todo leyendo sus ensayos *Uno y el universo* y *La resistencia*, donde se advierte un tremendo respeto en el gran escritor por los alcances del ser humano y una sobria, pero prudente, confianza en que la especie saldrá adelante.

Obviamente no es el caso de Juan Pablo Castel, a quien Sábato nos presenta así:

«Bastará decir que soy Juan Pablo Castel, el pintor que mató a María Iribarne; el proceso está en el recuerdo de todos y no se necesitan mayores explicaciones sobre mi persona. [...] Por aquella época presenté mi cuadro *Maternidad*. Era por el estilo de muchos otros anteriores: como dicen los críticos en su insoportable dialecto: era sólido, estaba bien arquitecturado, tenía cierta cosa profusamente intelectual.

Pero arriba, a la izquierda, a través de una ventanita se veía una pequeña escena y remota: una solitaria playa y una mujer que miraba el mar, esperando algo apagado y distante».

La amargura de Castel no solo proviene de que nadie entienda su arte, aunque él mismo reconoce que todos sus cuadros, salvo este, eran por el estilo: también piensa que el ser humano es egoísta, pero no lo reconoce. Artero, deshonesto, ilógico, pendenciero y, en esencia, criminal. Castel escupe los calificativos que le merece el género humano como si en su boca hubiera instalada una ametralladora, y justifica su odio advirtiendo que él, al menos él, es honesto.

Ya veremos si lo es. Como todo racionalista siente un miedo cerval por la psicología y un rechazo frontal por los psicólogos a quienes no puede ni ver. No hay un solo adjetivo de los que Castel ha empleado que no lo alcance durante todo el libro, puesto que también confiesa su crimen desde el principio, pero el que llama la atención es el de la carencia de lógica.

¿También ha sido infiel a su ideología?

La dicotomía evidente que se emplea a lo largo del libro entre racionalismo y vida no para ahí, Sábato crea otra entre vida y arte y también otra entre artista y criatura del «ancho mundo».

«En todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida. Y en uno de esos momentos transparentes yo había visto a una muchacha y había creído ingenuamente que venía por otro túnel paralelo al mío, cuando en realidad pertenecía al ancho mundo, al mundo sin límites de los que no viven en túneles y se había acercado a mi ventanita intrigada por el espectáculo de mi insalvable soledad».

Algo que no debemos pasar por alto en esta obrita de ciento veintiséis páginas son las referencias literarias de sus personajes. La primera de ellas se produce en uno de los interminables procesos inquisitoriales con los que Castel tortura a María. Le dice que si engañó a su marido ¿qué le impide engañarlo a él? Castel presume de racionalista y como todo el que presume de una ideología, inmediatamente destapa las insensateces con las que pretende justificarla: la prueba irrefutable del engaño de María es que Castel leyó en el *Otelo* que el papá de Desdémona advierte al moro de Venecia que si su hija lo ha engañado a él, que es hombre, por qué no iba a engañar también a Otelo, que hombre es.

Cualquiera que ha leído *Otelo* (y que no profese el racionalismo) se ha dado cuenta ya de lo reduccionista y artero que es este esquema lógico. Entre otras cosas porque Desdémona ni siquiera engaña a Otelo y en la realidad irreal de *El túnel* tampoco María Iribarne a Castel: desde el principio le hace saber que no dejará a su marido y que no puede darle lo que necesita:

«Yo no soy nadie, usted es un gran artista, no veo para qué me puede necesitar. Responda ¿para qué?»

Castel no puede responder: «No lo sé, todavía no lo sé». Él no lo sabe, pero Sábato se encargó en la primera página de que los lectores sí lo supiéramos. En mente de cada lector está el brutal crimen, y el lector espera alguna justificación más verosímil del racional Castel. En vano. La extensión de la lógica racionalista del pintor, capaz de las exégesis más enrevesadas partiendo de los hechos más simples, nos conduce a reflexiones silogísticas (con las tres partes recomendadas por Descartes cuyas dos últimas se deducen de las otras dos, ojo a lo que se marca Sábato aquí) como esta:

«Poco a poco logré poner el cerebro en pleno funcionamiento, pensé con absoluto rigor. ¿Cuál era la idea inicial? Varias palabras acudieron: rumana, María, prostituta, placer, simulación. Hice grandes esfuerzos tratando de colocarlos en el orden debido, hasta que logré formular la idea en esta forma terrible, pero indudable: “Marta y la prostituta han tenido una expresión semejante; la prostituta simulaba placer, María también; Marta es una prostituta...”».

En realidad es Castel quien, airado porque María se marcha a la estancia para descansar de él, ha traicionado a María y se ha acostado con la rumana, pero cuando hay que imponer una ideología ¿hay otra forma que no sea voltear la verdad?

La segunda y la tercera referencias literarias se dan en la estancia, de boca de Mimí y Hunter, el primo con el que María, piensa Castel, se acuesta. Castel siente demasiados celos como para desentramar las advertencias que entrañan esas referencias. Mimí no oculta su estupidez ni por un momento al condenar las obras de Tolstoi y Dostoyevski por la cantidad de nombres propios y patronímicos que engloban. Dice que cuando se da cuenta de que en realidad eran los tres mismos personajes durante todo el libro ya ha perdido el interés por él. Castel está viviendo exactamente el mismo proceso a lo largo del libro: su cabreo permanente con el mundo, su lógica aplastante que culmina en los actos más vengativos e irracionales (antológica la escena de la carta reclamada a correos), su machismo encubierto (Castel desea que María pueda salir más tarde que nadie del trabajo porque no puede ser un jefazo, a lo sumo «la secretaria de un pez gordo»), no son sino manifestaciones del mismo problema: su inseguridad, que convierte cualquier posibilidad de ser mínimamente feliz en algo que le hiere. ¿Pero por qué Castel no puede integrarse?

Hunter alude dos veces al *Quijote* en la estancia. ¿Casual? Si tenemos en cuenta que el ser humano suele ver gigantes donde solo hay molinos y Castel ve traiciones y mentiras donde solo hay una oportunidad de engancharse a una vida que, por lo demás, desprecia, no parece muy casual. Pero tampoco presta oídos, devorado por los celos. Estas advertencias son metarrecla-

mos de Ernesto Sábato al lector que Castel no puede entender, aunque nosotros deberíamos.

Si a todo esto le unimos una idiosincrasia humorística como sumidero en el que desaguan las excentricidades racionales de Castel, hay que concluir que este es uno de los grandes libros de todos los tiempos.

El libro del creador en su solitario y oscuro túnel avanzando siempre por un pasadizo tan ajeno a la vida. Castel ha intentado acceder al túnel que no le corresponde, el del ancho mundo, y ha hecho lo único que puede hacer un ser desintegrado: proveer de historias a los integrados, sobre todo cuando nos regala una probada e inmortal capacidad para encontrar imágenes que acompañan narrativamente al personaje sin molestar la acción:

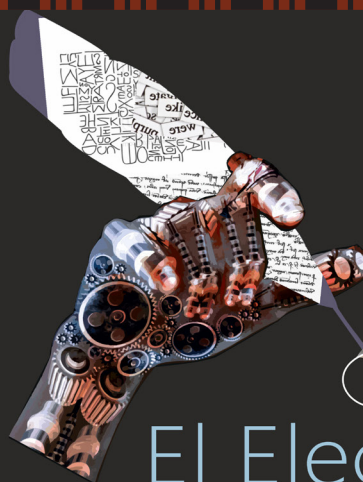
«Andar rápidamente mientras mi espíritu vacilaba me produjo una sensación singular, mi pensamiento era como un gusano ciego y torpe dentro de un automóvil veloz», «mi cabeza es un laberinto oscuro, a veces hay como relámpagos que iluminan algunos corredores, nunca termino de saber por qué hago ciertas cosas».

Mil gracias por estos y todos sus demás libros de ensayo, don Ernesto.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Valler de narrativa
El Electrobardo